Juan B. Ambrosetti

La Leyenda del Yaguareté-Abá

Junio 1896 - entrega VI - tomo XLI -

LA LEYENDA DEL YAGUARETÉ-ABÁ

(EL INDIO TIGRE)

Y SUS PROYECCIONES ENTRE LOS GUARANÍES, QUÍCHUAS, ETC.

(Contribución al estudio del Folk-Lore comparado)

POR JUAN B. AMBROSETTI

En la imaginación infantil de los indios, el tigre, con su ferocidad, su cautela, sus asaltos imprevistos y los estragos que su hambre causa, debió producir fenómenos curiosos de pensamiento.

El temor que infunde este terrible carnicero y las múltiples formas en que se presentan sus fechorías, siempre bajo variadas sorpresas, la mayor parte de las veces con seguro éxito de víctimas, más ó menos indefensas, trajo como consecuencia lógica : el suponerle condiciones de intelectualidad superior entre los demás animales.

Y como sus actos de tigre, son muy semejantes á los que los indios ejecutan en sus lides sangrientas ya de caza ó de guerra, nada más natural que lo comparasen, dándole por esta razón un origen humano en sus mitos y leyendas.

Los antiguos Peruanos, al decir de Zárate (1), creían que *Pachacama* (Pachacamac) cuando apareció por el lado del medio día, transformó á los habitantes de que estaba poblada la tierra, creados anteriormente por *Con*, en pájaros, monos, *Gatos*, osos, *Leones*,

(1) AGUSTIN DE ZÁRATE. *Historia del Descubrimiento y la Conquista del Perú*, libro I, Cap. X.

loros y diversas clases de pájaros que hoy viven allí; con el objeto seguramente de dar lugar á los nuevos habitantes que esta deidad creó nuevamente por su voluntad.

Aunque este autor no lo diga, es de suponer que también los hubiese transformado en tigres, desde el momento en que cita á los dos felinos: el Gato y el León, y además otro animal también carnicero como lo es el Oso.

Si tomamos á Garcilazo (1) encontraremos, en cambio, muchos indios que se creían descendientes á su vez de los tigres y otros animales, etc. como puede verse por el siguiente párrafo que se halla en su libro I, capítulo XVIII:

«Y ciertamente, no hay indio que no se jacte con tan poco honor, que no se diga ser descendiente de la primera cosa que se le ocurra en su fantasía, como ser, por ejemplo: de una fuente, de un río, de un lago, de la mar, de los animales los más feroces como lo son los leones, los *tigres*, etc.»

En esta creencia, como puede verse fácilmente, se da á dichos animales, como á los demás, un rol de procreadores, que presupon la idea de la Leyenda citada por Zárate.

Es fácil que ó Garcilazo, dado su fanatismo cristiano, oyó mal ó que á través de los años y de las nuevas doctrinas, esta leyenda había comenzado á evolucionar ó á disperderse confusamente en los que se la refirieron, como sucede muy frecuentemente con muchas otras.

De cualquier modo, aquí también tenemos la metamórfosis del tigre en hombre, fácilmente reducible á la de Zárate mas vieja: del hombre en tigre.

En los valles Calchaquíes de la provincia de Catamarca y aún de Salta, los tigres infunden un temor supersticioso, no tanto por su ferocidad sino porque existe la creencia de que los *Ulturuncos*, como allí les llaman, son personas transformadas en estos carniceros, y como prueba de ello citaré los siguientes párrafos del distinguido americanista Samuel A. Lafone Quevedo, maestro en estas cuestiones (2), al hablar de la fiesta del Chiquí:

«Aquí me permito sugerir una razón por qué el Surí (Avestruz)

(1) *Historia de los Incas del Perú.*

(2) *Lóndres y Catamarca.* Cartas *á La Nacion*, 1883-84-85, pág 255 y 256. Imprenta y librería de Mayo.

no contribuyese con su cabeza al sacrificio del Chiquí. Aquellos Indios creían que tenían la facultad de tomar la forma de animales, sería por eso que respetaban al Avestruz, Surí ó Xurí, recelosos de que alguno de su gente pudiese hallarse á la sazón revestido del «*Ave*» aquella.

«Hasta el día de hoy el pueblo bajo de todos aquellos lugares *cree que muchos de los tigres (Uturuncos) son hombres transformados* y para ellos tiene algo de *non sancto* el que los caza; cuando la fiera llega á *mascar,* como dicen, á su cazador, parece que causa cierto placer á los que oyen ó cuentan el lance.»

Como puede verse aquí hállase también la metamórfosis del hombre en Tigre; bien terminantemente explicada.

Si abandonamos la región occidental, Quíchua-Calchaquí, y nos dirigimos hacia la oriental, Guaraní, veremos con sorpresa campear las mismas creencias respecto de estas curiosas metamórfosis que se reproducen en la superstición y leyenda de idéntico modo.

Los Cainguá del Alto Paraná, cuando ven algún Tigre cerca de una tumba, creen que no es más que el alma del muerto que se ha reencarnado en dicho animal, y no faltan viejas que con gritos y exorcismos tratan de alejarlos.

Los Guayanás de Villa Azara creen también en la metamórfosis en vida de algunas personas y más de una vez han creído, al encontrarse con uno de estos felinos, que no era sino mi buen amigo Don Pedro Anzoategui, antiguo vecino de allí, á quien respetan mucho y por el cual tienen un cierto terror supersticioso hasta el punto de llamarlo *Tatá aujá* es decir: *el que come fuego.*

Si á esto pudiera observarse que no es un dato rigurosamente etnológico, puesto que quizás hubieran mediado circunstancias especiales aejnas á sus creencias, como ser sugestiones, etc., no hay que olvidar que los Guayanás son Guaraníes, y que la herencia de sus creencias supersticiosas no ha hecho otra cosa que revivir en este caso, como se verá, por lo que se refiere á las mismas, más adelante.

En la provincia de Entre Ríos, habitada antiguamente por la nación Minuana, que creo haya sido Guaraní, se conserva también una leyenda que he podido recoger, sobre la reencarnación del alma de un hombre en un tigre negro.

Naturalmente, con el transcurso del tiempo esta leyenda se ha modificado mucho, pero en el fondo de ella, se vé que es del más puro origen indio.

«Cuentan los viejos que, sobre la costa del río Gualeguay, vivía un hombre muy bueno.

«Cierta noche fué avanzado por una partida de malhechores que, sin piedad, lo asesinaron para robarlo.

«Poco tiempo después, de entre los pajonales del río, un enorme tigre negro salió al encuentro de uno de los malhechores que iba acompañado de otros vecinos, y dirigiéndose hacia él lo mató de un zarpazo, sin herir á los otros.

«Este tigre negro, con el tiempo, concluyó por matar á todos los asesinos del finado, entresacándolos siempre de entre muchas otras personas, sin equivocarse, lo que dió margen á que se creyera que el Tigre negro no era sino la primera víctima que así se transformó para vengarse de ellos.»

Pero la leyenda más curiosa es la del *Yaguareté abá*; exactamente igual á los de los *Hechiceros Uturuncus*, citada por el señor Lafone Quevedo.

En Misiones, Corrientes y Paraguay es fácil oir hablar de los *Yaguaretés abás*, los que creen sean indios viejos *bautizados*, que de noche se vuelven Tigres á fin de comerse á los compañeros con quienes viven ó á cualesquiera otras personas.

La infiltración cristiana dentro de esta leyenda se nota no sólo en lo de bautizado, sino también en el procedimiento que emplean para operar la metamórfosis.

Para esto, el indio que tan malas intenciones tiene, se separa de los demás y entre la obscuridad de la noche y al abrigo de algún matorral, se empieza á revolcar en el suelo de izquierda á derecha, rezando al mismo tiempo un credo al revés, mientras cambia de aspecto poco á poco.

Para retornar á su forma primitiva hace la misma operación en sentido contrario.

El *Yaguareté abá*, tiene el aspecto de un tigre, con la cola muy corta, casi rabón, y como signo distintivo presenta la frente desprovista de pelos.

Su resistencia á la vida es muy grande y la lucha con él peligrosa.

Entre los innumerables cuentos que he oído, referiré el siguiente:

En una picada cerca del pueblo de Yuti (Rep. del Paraguay) hace muchos años existía un feroz *Yaguareté abá*, que había causado innumerables víctimas.

No faltó un joven valeroso que resolvió concluir con él, y después

de haber hecho sus promesas y cumplido con ciertos deberes religiosos, se armó de coraje y salió en su busca.

Algo tarde se encontró con el terrible animal á quien atropelló de improviso hundiéndole una cuchillada.

El Yaguareté disparó velozmente, siguiéndolo nuestro caballero matador de monstruos, por el rastro de la sangre, hasta dar con él á la entrada de una gruta llena de calaveras y huesos humanos roídos.

Allí se renovó la lucha, y puñalada trás puñalada, se debatían de un modo encarnizado sin llevar ventaja. Ya le había dado catorce, por cuyas anchas heridas manaba abundante sangre, cuando se acordó de que sólo degollándolo podía acabar con él.

Con bastante trabajo consiguió separarle totalmente la cabeza

Figura 1.— Vaso peruano hallado de Chimbote, 1/4 tamaño natural (Wiener)

del cuerpo, de conformidad al consejo que le habían dado y recién entonces pudo saborear su triunfo definitivo.

Estas dos leyendas: la de los *Hechiceros Uturuncos* de Catamarca y la del *Yaguareté-Abá* del Paraguay etc., tan iguales y á tanta distancia una de otra y creídas por gentes de tan diverso origen, hacen una vez más creer y con razón, en la existencia de invasiones prehistóricas, seguramente hacia el Oeste, por el pueblo Guaraní, que por lo demás casi está probado fué el introductor del sistema de enterrar en urnas funerarias en esa parte de la República; como también se vé en lo que dice Montesinos, que hordas guaraníticas (mejor dicho brasileras) invadieron la región Perú Andina.

Revisando la obra de Wiener, mucho me han llamado la atención

los tres cántaros cuyas figuras copio (1, 2, 3) representando cabezas humanas con un aspecto feroz y lo más curioso es que todas poseen caninos de tigre bien pronunciados ; además las figuras 1 y 2 en la parte inferior del adorno colocado sobre las orejas, muestran unas cabezas apenas bosquejadas pero con la boca triangular que les da semejanza á la de los tigres y que para hacerlas notar les he agregado la letra *a* (véase el dibujo).

Estos accesorios felinos en la figura humama ¿no habrán tenido algo que hacer con la idea de los *Hechiceros Uturuncos?*

Esto no tendría nada de extraño si se tiene en cuenta que el culto

Figura 2. — Vaso peruano hallado en Puno 1/4 tamaño natural (Wiener)

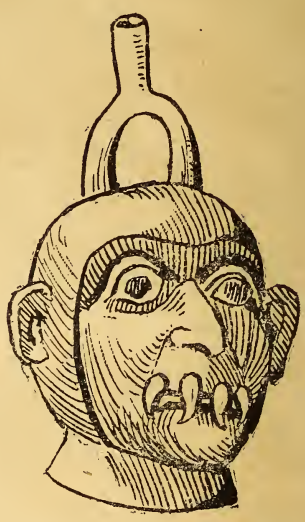

Figura 3. — Vaso peruano hallado en Santa 1/4 tamaño natural (Wiener)

del tigre en las provincias peruanas no escaseaba, según los datos que trae Garcilazo en su obra citada y que son estos :

« El culto del Tigre se hallaba en auge en la región de la provincia de Manta y Puerto viejo ; en este último punto no sólo adoraban á estos animales sino que no dejaban de prosternarse de rodillas cuando se encontrabran con ellos y se dejaban matar miserablemente, porque los creían dioses » (1).

(1) Libro I, capítulo IX.

Los feroces, bárbaros y guerreros habitantes de Churcupu (1) y entre los Anti (2) también lo adoraban.

En la isla de Puna (3), en Tumpiz ó Tumbez (4) y en la provincia de Karanque (5) en la época de las Conquistas del Inca Huayna Capac, les hacían sacrificios humanos.

En el valle de Calchaquí, no es extraño que en una época, el culto del tigre, ocupara un lugar importante en su religión, y para afir-

Figura 4. — Cabeza monstruosa de tigre (barro cocido). Región de Santa María, Catamarca. Colección del Museo Nacional.

Figura 5. — Perfil de la cabeza anterior

mar esto no sólo me atengo á las leyendas que aún hoy subsisten, sino también á la cantidad de objetos de alfarería representando á este animal, que se exhuman en aquellos valles. De varios de estos objetos, que pertenecen al Museo Nacional, doy algunas representaciones, figuras 4 á 9, habiéndome autorizado su director el doctor Berg, á publicarlas.

Además en el techo de una de las grutas pintadas del grupo de

(1) Libro IX, cap. VIII.
(2) Libro IV, cap. XVII.
(3) Libro IX, cap. IV.
(4) Libro IX, cap. II.
(5) Libro VIII, cap. VII.

Carahuasi hallamos muchas figuras representando tigres, de las que copiamos las dos figuras 10 y 11. Entre los petroglifos de las flechas esta otrá figura 12 que por las razones que dí en el trabajo en que los estudié (1), creo represente también á este animal.

Estas representaciones de tigre en las piedras, grutas y objetos de alfarería no es difícil que sean una prueba de este culto.

La metempsicosis del alma del hombre al tigre y vice-versa es común entre las diversas tribus americanas.

El señor Julio Koslowsky, en su trabajo *Algunos datos sobre los Indios Boróros* (2) del Alto Paraguay; trae los siguientes datos sobre las supersticiones de estos indios que se refieren al Tigre.

Figura 6. — Cabeza de tigre (barro cocido). Región de Santa María, Catamarca. Colección del Museo Nacional.

Figura 7. — Perfil de la cabeza anterior

Segun él los Boróros tienen una danza especial que llaman del Tigre,

Uno de ellos, adornada la cabeza con plumas de Guacamayo coloradas, cubierta la cara con una máscara de franjas hechas de las hojas tiernas del cogollo de palmera, que la oculta completamente y también el cuerpo y los miembros con dichas franjas de modo que no se vea lo que caracteriza el cuerpo humano; con collares de dientes, uñas y cuero de tigre, con una diadema de uñas de jaguar y con un adorno de dientes de tigre en el pecho y con cascabeles en los pies, de cascos de ciervos y pecaris, y llevando sobre las espal-

(1) Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVI, cuadernos 5, 6, 7 y 8, 1895.

(2) *Revista del Museo de La Plata*, tomo VI, página 375 y siguientes.

das un cuero de tigre abierto como una plancha, con el pelo para afuera y su interior pintado con algunas figuras geométricas,—representa al alma del tigre furioso, muerto por el mismo que se le había metido adentro y cuya presencia se manifiesta por saltos y movimientos furiosos en el cuerpo del hombre, los que procura conjurar otro bororó, el médico de la aldea, secundado por algunos ancianos.

La danza consiste en que hombres y mujeres se pongan en hilera

Figura 8. — Bosquejo en barro cocido de una cabeza de tigre. Región de Santa María, Catamarca. Colección del Museo Nacional.

Figura 9. — Perfil de la cabeza anterior; en esta se nota las narices y boca muy exageradas, como denotando rabia ó furor.

detrás de este indio, saltando con las manos levantadas y los brazos abiertos y llevados á la altura del hombro, las piernas algo encorvadas, saltando siempre de un lado á otro con el cuerpo también encorvado al són del canto en voz baja del médico, con acompañamiento de su calabaza ó porongo de baile.

Estos mismos indios, cuando se preparan para la caza, empiezan por observar ciertas ceremonias que consisten principalmente en no dormir con sus mujeres cuatro dias antes de salir á la caza del felino. En este intervalo comienzan por pintarse la cara con urucú, preparan sus flechas al calor del fuego, para endurecer las fibras de la tacuara.

En ninguna circunstancia le es permitido á la mujer tocar la punta de las flechas, pues el indio cree que con su contacto pierden su fuerza de penetración y que le atraerían desgracias.

Cuando vuelven de la caza con un jaguar, tiene lugar esa noche

el baile del tigre, que se diferencia del ya descrito, en que las mujeres lamentan y lloran con gran excitación, para conjurar y reconciliar el alma del tigre; de otro modo, no lo apaciguarían, lo que causaría la muerte del cazador.

El jaguar está representado en el baile por el mismo indio que le ha dado muerte, haciendo el papel del tigre furioso y reclamando venganza.

Además, el médico y otros viejos Boróros, tratan de conjurar el alma del animal con cantos monótonos, que producen una sensación penosa en el que los escucha; al mismo tiempo bailan formando medio círculo frente al cazador, llevando en sus manos porongos de baile que hacen sonar al terminar cada período.

Con pequeños descansos, continúan el baile durante largas ho-

Figuras 10 y 11.— Figuras de tigres pintadas en el techo de la gruta del río Pablo (Salta)

Figura 12.— Bosquejo de figura de tigre de los petroglifos de las flechas (Salta).

ras hasta que quedan rendidos; terminado el cual creen ya reconciliada el alma y quedan tranquilos respecto del porvenir.

Pero lo más curioso es que estas mismas costumbres eran propias de los Guaraníes del tiempo de la conquista española, como me parece haberlas hallado en los siguientes datos:

El padre Guevara, en la primera parte del libro 1°, al hablar de las supersticiones de los Guaraníes, dice que sus hechiceros se preciaban de visionarios, diciendo que habían visto al demonio en traje de negrillo y con apariencia y figura de tigre ó de león, y adelantaban que él les comunicaba arcanos ya ominiosos y terribles, ya prósperos y felices.

Más adelante describe las ceremonias de estos hechiceros con estas palabras:

«Estos hechiceros tienen por lo común dos ó tres familiares cómplices de su iniquidad, terceros de sus artificios y diestros de las

voces y bramidos de animales. Ligados con el sacramento del sigilo, no descubren la verdad, so pena de privación de oficio, y de malograr el estipendio y gajes de la mesa capitular. Cuando llega el caso en que el hechicero ha de consultar al diablo, como ellos dicen, sus familiares, que hacen el oficio de sacristanes y sacerdotes, se ocultan en algún monte, en cuya ceja se previene de antemano alguna chozuela, que hace las veces de trípode, y el oficio de locutorio.

«Para el día prevenido se junta el pueblo; pero no se le permite acercarse, para que no descubra el engaño, y quede confirmado en su vano error y ciega presunción.

«El hechicero, bien bebido, y alegre con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando junto á la chozuela, invoca al diablo para que venga á visitar al pueblo y revelarle los arcanos futuros. Cuando todos están en espectación aguardando la venida del demonio, resuenan por el monte los sacristanes y sacerdotes disfrazados con pieles, disimulando los bramidos del tigre y voces de los animales. En este traje, que el pueblo no discierne, por estar algo retirado, entran en la chozuela, y aquí del diablo y sus sacristanes.

«Estos, con grande confusión y behetría infernal, imitando siempre las expresiones de animales, empiezan á erutar profecías y trocar vaticinios sobre el asunto que desean los circunstantes.

«De la boca de ellos pasa á la del hechicero, y éste, con grandes gestos, arqueando las cejas con espantosos visajes, propala al pueblo los pronósticos y vaticinios. El pueblo vulgo, incapaz de reflexión ni examen, arrebatado de ciega persuasión, los admite como oráculos del diablo, quedando en error casi invencible, de que el diablo es quien habla al hechicero, y que éste es fiel relator de sus predicaciones.

«Este es el origen admitido entre los indios, y abrazado entre los escritores, de las operaciones diabólicas y de los fingidos hechiceros. Este el fundamento de aquel terror pánico que tienen los indios de acercarse á la chozuela y trípode, recelando insultos feroces y desapiadados acometimientos del tigre, cuyos bramidos imitan los sacristanes sus familiares, para persuadir al vulgo que es el demonio transfigurado en infernal bestia el que los habla.»

¿No habrá descrito con esto el buen Padre Guevara alguna ceremonia parecida al baile del tigre de los Boróros que hemos tomado del trabajo de Kowslosky, y que en su celo cristiano la haya interpretado según su modo de ver?

De cualquier modo, con esta descripción de Guevara tenemos también la creencia de la metamórfosis ó de una forma de metempsicosis del tigre al hombre, fácilmente también reductible á la del hombre al tigre.

Si deseamos saber á qué época correspondió esta leyenda entre los Calchaquíes, tenemos forzosamente que referirnos á muy remotos tiempos y es posible que haya sido introducida en esas regiones por las hordas guaraníticas de que habla Montesinos, las cuales seguramente traían sus hechiceros, como los citados por el padre Guevara y Kowslosky, que con sus ceremonias inculcaron en la mente de ese pueblo la idea de los humanos uturuncus. Tanto más, que en la región central y norte de la República existe otra leyenda que llena satisfactoriamente la laguna que hasta ahora se habrá notado entre la región Quichua-Calchaqui y Guaraní.

Esta leyenda es un verdadero *trait d'union* entre ambas, pues conserva, como que es intermediaria, algunos datos de inapreciable valor.

Me refiero á la leyenda del *Tigre Capiango*, que me ha sido referida por el distinguido poeta argentino Leopoldo Lugones y que es común en el norte de Córdoba, Tucumán y Santiago del Estero.

Refiere la tradición que dos hermanos vivían en el bosque en un ranchito, ocupándose de las faenas propias del mismo. Por aquella época apareció en las inmediaciones un tigre cebado en carne humana, que hacía muchas víctimas, al cual no podía matarse, pues cuando se le disparaban tiros, herizaba los pelos y las balas resbalaban sobre ellos.

Uno de los hermanos observó con sorpresa que las apariciones del felino, coincidían exactamente con las desapariciones del otro hermano, y naturalmente esto lo puso en cuidado, resolviendo observarlo con sigilo.

En una de las salidas, éste lo siguió y pudo ver que en llegando su hermano á cierta parte del monte, descolgaba de un árbol un gran bulto que contenía un frasco de sal y *un cuero de tigre*, que extendía en el suelo.

Luego tomando tres granos del frasco, los comía y en seguida revolcándose *sobre la piel* se transformaba en la terrible fiera.

Temiendo lo desconociese, se retiró, pero al siguiente día se fué al monte y tomando el bulto, con el frasco y la piel, los echó al fuego para que su hermano no pudiese continuar en sus felinas andadas.

Vuelto á su casa encontró á su hermano muy enfermo, casi ago-

nizante, quejándosele de su acción y diciéndole que á causa de ella, se moría pero que si quería salvarlo aún, le trajese del monte un pedacito del cuero del tigre que faltaba quemarse, pues ese sería su único remedio.

Al oir esto, el hermano compadecido volvió al monte y recogiendo el fragmento pedido tornó presuroso á su casa, pero ni bien se lo entregó, el enfermo *echándose sobre la espalda el resto del cuero* se transformó repentinamente otra vez en tigre y dando un salto prodigioso se perdió en el monte hasta ahora.

La función que en esta metamórfosis desempeña *la piel de tigre* es tan importante que nos hace ver con claridad el origen puramente guaraní de la leyenda, y sino tómense por el orden natural los datos aquí recopilados y veremos, que los sacerdotes guaraníes al ejercer sus prácticas con pieles de tigre sobre sus espaldas, han ido dejando, al pasar por las regiones invadidas por las hordas á que han pertenecido, un recuerdo cada vez más confuso de ellas, pero que impresionando vivamente la imaginación popular de las tribus subyugadas adquirieron una forma de creencia real en la metamórfosis posible del hombre al tigre, cuando en su origen no se trataba sino de simples ceremonias de carácter fetiquista.

Este, como otros datos, nos prueban una vez más la invasión guaraní en la región Quichua-Calchaquí.

Terminado este trabajo se me ocurre esta sospecha: ¿la voz quechua *Yaguar* = *Sangre* no tendrá algo que ver con el guaraní: *Yaguá Tigre,* que se ha transformado al castellano en Jaguar?

A propósito de esto no está demás transcribir lo que dice el señor Vicente F. López en sus Razas Arianas del Perú (pág. 404, Apéndice II) al hablar del Inca XCVI de la Cronología de Montesinos.

«XCVI Inka Yaguar Huakkak. Se ha traducido este nombre como *llorón de sangre* ó *llora sangre;* pero significa también el tigre llorón, ó el llorón sanguinario. Para explicar la primer etimología se ha dicho que tenía una enfermedad á los ojos.

«Esta sería una explicación como cualquier otra, pero tiene la apariencia de haber sido hecha premeditadamente. Tenemos que observar que, en general, las razas felinas de América y sobre todo los jaguares, cuando se ven arrinconados ó acosados, dejan escapar de sus ojos un líquido parecido á las lágrimas : de aquí la creencia *popular* que lloran por hipocresía, buscando conmover al cazador, excitando una compasión que jamás sienten hacia sus

víctimas. De esto viene que llaman *tigres llorones* (Yahuar huakkak) á los grandes hipócritas que engañan para matar.

« La historia de la captura de *Pyrhuá* que lleva este nombre, los llantos que derramó hasta su deliberación y la venganza que ejerció con sus enemigos una vez libre, me deciden á presentar esta conjetura : huakkani, desde luego, no significa solamente llorar, sinó llorar sangre. »

Mayo de 1896.